
Mentores

Jordi Nadal



No podría vivir sin mentores. Lo digo en una forma que debería llamar “plural generoso”, pues siempre son poquísimos. La vida no puede ser generosa en maestros. De ser fáciles de encontrar, perderían el enorme valor que tienen. Lo bueno resulta ser dolorosamente escaso. Por eso recuerdo cada conversación que he tenido con mis mentores. Pienso en todo esto por tres razones: una, cuando hace algunos años unos presuntos amigos me propusieron algo deshonesto, acudí a buscar consejo, triste y consternado, a mi entonces mentor; le dije que no podía entender por qué había gente falsa, tan profundamente enferma de codicia. Mi mentor, el señor Olivar, me respondió que hay gente *equivocada*. Personas que no han tenido lo que deberían haber disfrutado, acaso en su infancia; y que probablemente buscaban la satisfacción en lugares equivocados, aquellos que ofrecen un deseo desmesurado de poder o de formas inadecuadas de ganar dinero.

Dos. Me viene a la memoria la conversación entre Primo Levi, al regresar de Auschwitz, con un amigo su-

Los maestros, de ser fáciles de encontrar, perderían el enorme valor que tienen

perviviente, judío de Salónica, Mordo Nahum, quien le explicaba a Levi: “Estar sin zapatos es una falta muy grave. Cuando hay una guerra, hay que pensar en dos cosas: en primer lugar, en los zapatos, y, en segundo lugar, en la comida; y no al revés, como piensa la gente; porque si tienes zapatos puedes salir a buscar comida, y lo contrario no es cierto”. “Pero la guerra ha terminado”, objetó Levi, y pensó que había terminado, como muchos lo hicieron durante esos meses de tregua. “La guerra es siempre”, respondió Mordo Nahum.

Tres. Uno de los momentos más reveladores de *El camino estrecho al norte profundo*, de Richard Flanagan, es cuando un hombre que ha vivido el sufrimiento absoluto, años más tarde siendo ya padre, cuida de una forma especial a sus hijos –algo incomprensible para ellos– porque “intentaba advertirles de los horrores que este mundo implacable reservaba a los incautos, los insensatos y los inexpertos”.

Me hace bien leer. He tenido mentores personales y, en otros casos, libros. Obras como la de Levi o la de Flanagan evitan que me convierta en un incauto. Mentores y libros me sostienen, sembrando la confianza y la esperanza con la que posiblemente nos mantendremos a flote.●